

Entrevista con Carlo Feltrinelli

Vida de editores insurrectos

El gran editor italiano presentó en Buenos Aires la memoria que retrata a su padre, en una época rica en libros y que tuvo a su familia en el centro de la violencia política. Su sello posee 119 librerías.



Carlo Feltrinelli recorre en su libro la vida familiar cruzada con la militancia revolucionaria de su padre y la simpatía que él mismo manifestó por el PC.

ALEJANDRO CÁNEPA

🕒 03/05/2019 - 18:15

Clarín.com | (<https://www.clarin.com>) Revista Ñ | (/revista-enie/) Ideas | (/rn/ideas/)

Un grupo económico italiano que incluye una célebre editorial, más de cien librerías, un canal de TV, una fundación, y empresas inmobiliarias y de investigación sociológica. Que tuvo como forjador a un militante comunista, luego expulsado del partido y dedicado a la lucha revolucionaria, al punto de perder su vida en 1972 cuando colocaba un artefacto explosivo en las afueras de Milán, su ciudad natal. Que aloja en el catálogo de su casa editora a personajes tan diferentes como Gabriel García Márquez, Gandhi, el Che Guevara, Marguerite Duras, Alessandro Baricco, Michel Foucault, Tim Burton, Naomi Klein y Andrea Camillieri. Feltrinelli es el apellido que engloba todas esas descripciones y su director, Carlo, de visita en el país con motivo de la Feria del Libro de Buenos Aires, dialogó con Ñ sobre *Senior Service* (publicado por Anagrama), la biografía que escribió sobre su padre Giangiacomo, aquel hombre de clase alta comprometido con la izquierda, y también sobre el presente y futuro del libro como objeto, el mercado editorial italiano y latinoamericano y las acciones culturales de la Fundación, en una época signada por el cuestionamiento a las ciencias sociales e inclinada hacia un pensamiento único.

“Mi segundo padre fue, por casi 50 años, el artista y diseñador argentino Tomás Maldonado, pareja de mi madre Inge, por eso siempre tuve una conexión muy fuerte con la Argentina. Los últimos 40 años de su vida celebrábamos su cumpleaños en un campo cerca de Milán, comiendo empanadas”, recuerda Carlo, para iniciar la charla, en un hotel palermitano.

–Es editor y escribió *Senior Service*. ¿Cómo fue ese pasaje de editor a escritor?

–No soy escritor, es un libro *one shot*. Cuando yo empecé a escribir este libro lo hice por mí, era una manera de poner orden a una historia fantástica, no era una manera de descubrir a mi padre ni nada de eso. Fue imposible buscar a alguien que lo escribiese, aunque le pregunté a mucha gente si quería hacerlo, pero la figura de mi padre es muy difícil, tan poliédrica, tan radical, que para algunos es mejor que sea olvidada; es una figura incómoda, para la derecha y para la izquierda. Al final decidí hacerlo yo, pero no me considero un escritor, aunque

esté muy feliz con este libro. Fueron siete años trabajando, día y noche en un viaje paralelo y secreto, nadie sabía que lo estaba escribiendo.

–La muerte de su padre sigue envuelta en dudas. En *Senior Service* no hay una afirmación tajante sobre si se trató de un accidente o de un sabotaje.

–Había grupos fascistas que querían matar a mi padre. Por otro lado, él estuvo voluntariamente en el lugar de los hechos. La verdad... es difícil... creo que es posible que fuera un accidente pero no descarto tampoco un sabotaje.

–Giangiacomo militó en el PC italiano, fue expulsado de ahí, luego se vinculó a las nuevas expresiones de izquierda y creó los Grupos de Acción Partisana (GAP) ¿Cuál era su visión de mundo?

–Él fue un caso raro, porque el PC lo expulsó después de que publicara *Doctor Zhivago*, de Boris Pasternak, novela crítica de la Unión Soviética, pero no se pasó de bando. Hay mucha gente que fue de izquierda y que reniega de eso, pero mi padre siempre fue una persona de izquierda, idealista, muy ligado a los valores de la resistencia antifascista italiana, a la libertad y a la circulación de ideas. La publicación del libro de Pasternak tiene que ver con esto. Solo cuando la Unión Soviética impide publicarlo en el país, mi padre lo edita en Italia, no antes. En paralelo, él traducía *Cien años de soledad* al italiano, o *El Diario del Che*. Él pensaba que existían alternativas económicas y sociales, era idealista y apasionado. Y esto me sigue fascinando. Ahora no veo eso, lo que hay es un pensamiento único, sobre todo en lo económico.





Encuentro de Alfred Hitchcock y Giangiacomo Feltrinelli en Milán en el año 1960.
©Farabola/Leemage

–Es poco frecuente contar con esa apertura que evidencia Giangiacomo, la de ser un hombre de izquierda comprometido con la causa, y al mismo tiempo publicar un libro censurado en la URSS, o ya después de su muerte, editar un libro como S 21, del camboyano Rithy Pan, que cuenta el exterminio cometido por el régimen maoísta de Pol Pot.

–Así es, pero nuestra actitud, nuestra manera de ser, es esa. Tengo mucho optimismo por este partido, el partido Feltrinelli.

–Escribe en *Senior Service* recuerdos de los encuentros clandestinos con su padre. Usted tenía apenas 10 años. ¿Qué tan frescas quedaron esas vivencias?

–Aún hoy me impresionan esos recuerdos. Yo sabía muy bien ya en ese momento que mi padre estaba en una situación difícil, amenazado, con conspiraciones de sectores de derecha para matarlo o para adjudicarle atentados cometidos por otros. Recuerdo muy bien que las últimas veces nos vimos en un bosque en Austria, caminando por horas, es un recuerdo muy fuerte, de mucha complicidad. También cocinaba platos extraños. Me da una gran ternura, mi padre está muy presente en mi memoria de toda esa etapa de los últimos años. Y tuve la fortuna de tener una madre como Inge, ella junto a Tomás me hicieron vivir una vida bastante normal, pero siempre vinculada a esta historia del coraje de mi padre y a tomar ciertas decisiones libres. Todo eso fue el combustible para mi vida. Inge también tuvo una vida increíble, vamos a publicar una biografía de ella.

–¿Qué opina sobre la lucha armada en Italia?

–Hubo muchas fases; al principio la actividad clandestina de mi padre

estaba vinculada al peligro de un golpe militar, como había pasado en Grecia en 1967. Esa fase implicaba prepararse para reaccionar ante un golpe. Después, la otra fase ya es la de las Brigadas Rojas, con la idea de una revolución. Y una tercera, entre los 70 y 80 es una fase de locura. Italia tuvo un largo Mayo del 68, en Francia terminó en ese año, en Italia se prolongó mucho más. La última etapa tuvo un componente de ideología completamente irracional y decadente. No tengo un juicio para nada positivo sobre aquellos años.

–¿Usted tuvo militancia política?

–Estuve vinculado al PC de jovencito. Ahora sigo haciendo política con la editorial y con la Fundación, que promueve las ciencias sociales en Italia, que busca ideas alternativas, y congrega gente que pueda actualizar los debates.

–El Grupo Feltrinelli siempre tuvo vínculos con América Latina, tanto por la presencia de autores en el catálogo de la editorial como por los vínculos de Giangiacomo con distintos líderes de la región. ¿Cómo cambia esa relación a partir de adquirir la editorial Anagrama en 2010?

–Anagrama tiene una gran presencia en el continente. Me gusta mucho esto de dejar un poco a la Europa eurocéntrica, así que estoy en una aventura fascinante.

–¿Qué descubrió en América Latina respecto del mundo del libro?

–En la Argentina hay una comunidad literaria y una atención de la prensa que en Italia es más difícil de encontrar. Allá todo es más automático. Acá, con todos los problemas que se conocen, sin embargo hay una tendencia a valorizar los libros y a los autores. En Italia todo es muy cínico. Acá hay una idea de comunidad intelectual, de atención por los libros, y eso me parece interesante. Y hay ferias, como las de Guadalajara o de Buenos Aires, que me parecen más estimulantes que algunas ferias europeas.

–A casi 10 años de la incorporación de Anagrama a Feltrinelli y cuando se cumple medio siglo de aquella editorial, ¿qué mirada tiene de ese vínculo?

–La experiencia es fantástica, es una combinación de estilos y de trabajo, afinidades culturales y políticas, no es la clásica compra de

una editorial a otra. Somos bastante similares, sobre todo con Jorge Herralde, que sigue siendo nuestro comandante en jefe, y que acaba de publicar *Un día en la vida de un editor*, un libro sobre los 50 años de su trabajo editorial. Para mí el vínculo entre Anagrama y Feltrinelli es una de las combinaciones más fascinantes del mercado editorial.

–El Grupo Feltrinelli posee 119 librerías. ¿Cómo se sostiene esa cantidad de locales?

–No es fácil. En primer lugar, porque la gente tiene menos tiempo para leer, y además está la influencia de la estrategia monopólica de Amazon, pero creo que es importante el papel de las librerías. Una calle no puede tener solo pizzerías o negocios de ropa. Claro que hay que pensar en innovar, yo estuve trabajando por mucho tiempo con un arquitecto argentino amigo mío, Miguel Sal, fallecido en 2015, y con él inventamos diferentes formatos de librerías: grandes, pequeñas, medianas, pensadas para aeropuertos... además creamos una cadena de librerías llamada Read, Eat, Dream (RED), que tienen restaurante y libros. Esto último es algo novedoso y todavía es muy prematuro hacer un balance. Lo importante es mantener una propuesta de libros en donde la calidad sea central.

–Italia tiene un gobierno formado por dos partidos como el Movimiento 5 Estrellas y la Liga Nord, una coalición novedosa. ¿Cómo encuentra el actual panorama italiano?

–Todo parece un teatro, donde se hace propaganda todo el tiempo, una campaña electoral permanente, y todo a corto plazo. No hay ninguna visión a largo plazo, y hay pequeños signos de regreso al fascismo. Es un problema gigante el de la inmigración, pero los italianos en su momento han tenido que irse a distintos lugares del mundo, como a la Argentina, ¿no? Es un problema gigante el inmigratorio pero no es una emergencia tal que un país como Italia no pueda afrontar. Luego está la tragedia de la gente que muere en el mar, es realmente algo que... (duda) en algunos años vamos a tener mucha vergüenza de eso. Ahora la gente no lo ve. De todos modos, aunque las señales son malas, creo que Italia va a reaccionar.

–En la Argentina, recientemente se presentó un proyecto legislativo para crear el Instituto del Libro. ¿Qué rol cree que tiene que tener el Estado en cuanto a políticas públicas para el mundo del libro?

–No conozco el proyecto, quizá es bueno. Creo que el problema es

mucho más global, e involucra a la escuela, la universidad, las bibliotecas, los periódicos... si las universidades o las escuelas funcionan mal, es ahí donde tiene que estar el foco del estado. En Italia, por ejemplo, no es un tema relevante, tampoco hay presencia en la televisión, no hay programas sobre libros. Y la figura del intelectual está totalmente ridiculizada.

–Hasta hace pocos años, circulaba la idea de que el avance del ebook era irrefrenable y de que el libro en papel se iba a extinguir más temprano que tarde. Sin embargo, no parece que esa tendencia se esté consolidando. ¿Por qué el libro en papel sigue teniendo vigencia?

–Sigue siendo el instrumento más sofisticado para garantizar la profundidad cultural. Leer un libro en papel es una acción revolucionaria, porque te concentras en vos mismo y el resto no existe; en una pantalla hay muchas otras cosas para hacer. Hay que defender el libro, aunque, claro, todos nos informamos de muchas maneras diferentes. El libro mantiene su papel como mediador cultural. Yo no reniego de los cambios, de hecho tenemos un canal de televisión, y con la Scuola Holden (centro de estudios del que Feltrinelli es uno de los socios), que conduce Alessandro Baricco, estamos desarrollando cursos de capacitación sobre cómo sobrevivir en tiempos de cambio, y cómo se transforma la sociedad en esta era digital.

–La Fundación Feltrinelli tuvo su origen cuando su padre comenzó a crear una biblioteca sobre los movimientos sociales y obreros. ¿Qué actividades realiza la Fundación actualmente?

–Mi padre en los 40 empezó este archivo y biblioteca, eso fue una aventura fantástica, buscando manuscritos y materiales. En 2008 yo pensé que todo esto iba a devenir en un museo, con tres trotskistas que iban a ir a mirar las cosas, y esto iba a ser muy poco Feltrinelli. Y por eso hicimos un edificio nuevo, con dos arquitectos suizos, un edificio muy radical, caleidoscópico. Y con la idea de difundir este patrimonio y estudiar el futuro, no ser un museo. Hacemos investigaciones en cuatro direcciones: la globalización y la sustentabilidad de la economía, la innovación política, el futuro del trabajo y el tema de la ciudad en la actualidad. Además hay teatro, cine, danza, música. Está lleno de jóvenes. Y eso es lo que me apasiona.